del año a espaciarse y a descansar de los cuidados ordinarios del gobierno. En ésta se recogió el gran señor y rey Nezahualcoyotl siendo ya muy viejo, cuando dejó el gobierno a su hijo Nezahualpiltzintli.

No tiene esta ciudad la multitud de gente que en su gentilidad tenía, pero es de las buenas que ahora hay en la Nueva España. Hay en ella muchos españoles y sus comarcas y tierras son todas labranzas de pan, donde se coge mucho y muy bueno. Tiene un riachuelo que pasa por una parte del pueblo y suele ser algunas veces peligroso, en especial el año de 1597 salió tanto de madre que anegó muchas casas del dicho pueblo y pasó por medio de él como si fueran aguas de aquel general y universal Diluvio y causó más espanto y temor por razón de ser de noche que no se podía prevenir el remedio ni se sabía hacia dónde huir el daño. Tenía en su contorno y redondez, esta ciudad, muchas y muy grandes poblaciones, en especial tres que están pegadas a sus arrabales, donde hay conventos de religiosos franciscos, que son los que tienen la doctrina de la ciudad y su comarca.

CAPÍTULO XXVIII. *De la laguna mexicana y comarca de esta gran ciudad con sus sierras y montes*

O SERÁ JUSTO QUE LLEGANDO A OCASIÓN de leer estos capítulos que atrás quedan escritos acerca del asiento, poblazón y grandeza de esta ciudad de Mexico, así en el tiempo de su gentilidad como en este presente que la habitan y moran españoles, quiera el lector notarme de apasionado por ella, pareciéndole que lo estoy en contar sus grandezas que aunque es verdad que una de las tres cosas que ha de ser defendida (como lo notan todos los antiguos, prudentes y sabios y fue la mayor de los hombres) es la patria (gloria del elocuentísimo Cicerón que fue morir diciendo: finalmente muero por mi patria, tantas veces por mí defendida), aunque no lo es mía, ésta al menos téngola por propria, por haberme criado en ella y así digo que no ha sido mi intención encarecer patrañas sino decir verdades muy conocidas y en realidad de verdad digo que antes he quedado corto en contarlas que demasiado en encarecerlas. Y ciertamente que si hubiera de poner todas las cosas que en memoriales antiguos he hallado escritas (demás de lo que yo tengo muy averiguado y visto) que parecieran de libros de caballerías donde no se pretende más que decir mentiras a montones, como en el lenguaje mismo que se escriben de verdades; y confieso que hago agravio a todos los que acerca de esto han escrito y dejado estas cosas en memoria, en no decirlas todas y con el mismo encarecimiento que se escriben, pues son personas abonadas los que las testifican, entre los cuales son el que llamaban el padre de Las Casas, que fue obispo de Chiapa y de la Orden de los Predicadores y uno de los primeros (como en su lugar se verá) pues corre la misma razón con sus escritos que en otros tiempos corrió con los antiguos escritores, que para creerlos no hubo ni hay más

testigos que los abonen que la fe humana con que les creemos sus escritos, es razón que estos padres y otras gentes que vieron estas cosas y las notaron, sean creídos, y yo con ellos, pues no sirvo de más que de referir sus dichos y contar los que de presente ven y saben los presentes, a los cuales hago testigos de estas verdades.

Habiendo pues tratado del sitio de esta ciudad hemos de tratar ahora de su comarca y cosas pertenecientes a su adorno y frescura. Está cercada y rodeada de montes y tiene una muy hermosa corona de sierras al derredor y no es mucho que siendo emperatriz de este reino e imperio mexicano, tenga sobre sí corona tan hermosa y linda con la cual está adornada y abastecida de todo lo necesario. La mayor parte de estas sierras son montuosas (mayormente las que pueden bañar el norte que cogen a esta ciudad al oriente, poniente y mediodía, porque estotra parte del mismo norte es más rasa y todos sus cerros más pelados y pedregosos que montuosos. Son sus montañas de muy buenas arboledas de cipreses, cedros, sabinas, pinos y otros géneros que por excusar prolijidad callo). De estas montañas bajan arroyos y ríos, y en sus laderas y en contorno nacen muchas y muy grandes fuentes. De esta agua (juntamente con la llovediza) hacen una muy gran laguna que se divide en dos partes; la una es de agua salobre (y ésta es la grande) que le cae la ciudad de Tetzcuco al oriente y la de Mexico al poniente y queda ella enmedio; la otra parte es de aguas dulces y sabrosas. Esta parte de la laguna dulce le cae a esta ciudad al mediodía y al poniente y corre mucha parte de esta llanada, dentro de la cual fue la fundación de esta ciudad. Esta parte de la laguna dulce entra en la salada por razón de estar alta y así corre a la segunda parte que es la salada y se incorporan las dos aguas, y forman la una y la otra la grande y honda laguna salada, la cual tiene de travesía, yendo de Mexico a Tetzcuco, cinco leguas y de largo ocho y de bojeo, catorce; en contorno y veras de esta laguna hay muchos pueblos que lo fueron en su antigüedad de grandísimo gentío.

Estotra laguna de aguas dulces debe de tener de ruedo y bojeo otras tantas leguas, cuyas orillas y contornos gozan de otras muchas poblazones, en cuyo medio está la ciudad de Mexico, aunque en estos tiempos está su suelo continuado con el de la tierra firme. Enmedio de esta laguna dulce hay muchos pueblos situados y es la razón no ser laguna formada ni tener sus aguas continuadas y seguidas en un lugar, sino divididas en acequias y camellones, en los cuales hacen los naturales sus sembrados y sementeras. Toda esta llanada que incluye y encierra en sí esta corona y contorno de sierras que dijimos, tuvo en su gentilidad millones de gentes y pueblos muchísimos; y aunque de presente son los mismos pueblos es muchísimo menos el número de la gente, porque de cien partes no hay la una (como en otra parte decimos). Hay en este contorno y ruedo que hacen estas sierras y en todas estas llanadas más de quinientas iglesias en las cuales se dice misa al año (en la que menos) tres veces. Entre estas iglesias, hay cuarenta y dos, donde asisten curas y ministros de doctrina, de clérigos y frailes de todas órdenes, aunque la de San Francisco administra la mayor parte de estas doctrinas. Todas estas poblazones dichas cogen enmedio a esta fa-

mosísima ciudad, y la tienen por corazón, sentado en el cuerpo místico de esta república.

Y aunque esta célebre ciudad es toda un huerto o jardín (en especial considerada por la parte del mediodía y poniente) los tiene con otro mucho número de huertas, de grande recreación, donde hay de todo género de frutas, así de las que la tierra en diversas partes produce, como de las traídas de España y corren por esta parte del poniente más de una legua. Tiene los baños calientes (que se llaman del Peñol) metidos en la laguna, distancia de una legua y caen a la parte del oriente. Otro bosque de recreación (que se llama Chapultepec) le cae a la parte del poniente, otra legua; y todo aquel sitio y contorno es de huertas y recreaciones.

Todas las faldas y laderas de estas sierras, que cercan esta famosísima ciudad, son labranzas de trigos y mucha parte de sus llanadas, donde se coge grandísimo número de cahices y hanegas. Y no se ha de entender que está esta ciudad como ahogada de estas sierras que hemos dicho y que está sentada como en hoja, sino que está muy desenfadada y escombrada, porque por la parte del oriente (que es donde cae la laguna salada) las tiene apartadas y desviadas más de seis leguas, por la del mediodía más de cuatro, por la del norte más de ocho o diez (y en esta parte son los cerros no muy grandes, hasta dar al de Tepepulco doce leguas de esta ciudad), por la parte del poniente, que es por la que más se comunica con la tierra firme, los tiene a legua (comenzando a considerarlas desde sus laderas y faldas). Estas laderas y lomas son las famosas tierras que se llaman los Altos de Mexico, que fueron las primeras labranzas de pan que hubo en esta tierra. Bien pudiera en esta ocasión tender las velas de la consideración y pintar estos lugares más frescos y recreables de lo que van escritos, si tuviera lenguaje suficiente para corresponder al intento; porque de contarlo con estilo corto a verlo con las especies largas de la vista hay mucha diferencia; porque verdaderamente me parece este lugar (con todo lo en él referido) no menos que en otro tiempo pareció aquella región del Jordán, donde caían aquellas numerables ciudades de Sodoma y las demás con sus fresquísimas riberas, graciosas alamedas y amenos campos, de quien refiere y dice la Escritura,[1] que parecía un paraíso de Dios; todo lo cual visto de Loth, sobrino de Abraham, apeteció para su vivienda y morada; y por no parecer demasiado en contar estas grandezas quiero poner aquí formalmente las palabras que el padre fray Toribio dice, hablando de este lugar y contorno, las cuales son: no piense nadie que me alargo en contar el blasón de Mexico, porque en la verdad muy brevemente he tocado una pequeña parte de lo mucho que se podía de ella decir y blasonar; porque creo que en toda nuestra Europa hay pocas ciudades que tengan tal asiento y tal comarca y tantos pueblos al derredor de sí y tan bien situados; y aun dudo si hay alguna tan buena y tan opulenta cosa como Tenuchtitlan y tan llena de gente; que tiene esta gran ciudad Tenuchtitlan, en su contorno, grandes ciudades e infinitas recreaciones. Éstas son palabras de este santo religio-

[1] Genes. 11.

so, que por excusarme, con el que me hubiere tenido por prolijo e importuno en contarlas, las he referido.

Otro lugar hay en la provincia de Palestina que llaman el mar de Galilea, que aunque se llama mar, no lo es en realidad de verdad, como los que se conocen mares por el mundo; pero llámase mar porque a todas las congregaciones de aguas que hacen lagunas llaman los hebreos mares, como se ve en el *Génesis*,[2] que a las congregaciones de las aguas llamó mares; de manera que este mar, hablando legítimamente, era laguna, en cuyas riberas (como nota Plinio)[3] estaban situadas ciudades y villas de grandísima recreación, por cuyo medio pasan las del río Jordán, que las hacen dulces y abundantes de mucho y muy buen pescado; y tienen cercanas a sus playas, huertas y jardines y muchedumbre de arboledas. Este lugar hallo que se le parece en el asiento y poblazón mucho, el cual engrandece Josepho[4] diciendo muchas más cosas que Plinio notó, entre las cuales dice éstas (conviene a saber): que son fertilísimas riberas, sembradas de árboles fructíferos, y todas sus comarcas labradas y sembradas de semillas y panes, cuya fertilidad enamora a los hombres y los provoca a que de continuo las siembren, sin dejar suerte de todas ellas que no esté sembrada y ocupada con cosas de el sustento humano, en cuyo circuito y contorno hay infinidad de ciudades y villas de las cuales la menor poblazón pasa de quince mil vecinos y todos dados al arte de la cultura y labranza. Éstas son sus palabras en el lugar citado, las cuales notadas se verá cuán parecida es esta nuestra laguna y comarca mexicana a la referida de Galilea; pues tan cercada está de huertas, de arboledas y frescuras, de ciudades y villas, que en su gentilidad eran sin cuento sus moradores y todos dados a la cultura y labranza de las tierras, de las cuales jamás dejaba de sembrarse fuerte ninguna de ellas, dando de ordinario pan muy abundante y comunicando a sus moradores ordinario sustento. Esto no contradice a lo que en otra parte decimos de las hambres que hubo en esta ciudad, porque allí se ha de entender de las cosechas de tierra firme. Y era cosecha tan segura la de todos los años en toda esta laguna, que un año que hubo avieso y no se cogieron las mieses con el concierto y abundancia que antes, se admiraron sus moradores, y confesaban no haber visto ni oído tal cosa a los pasados; de manera que si Josepho engrandece tanto el mar o la laguna de Galilea, por su abundancia y frescura, no carece de esta misma alabanza y grandeza esta nuestra mexicana, en cuyo sitio está esta tan hermosa y abundante ciudad, llamada Tenuchtitlan o Mexico.

En estas lagunas dulce y salada solían entrar siete ríos que, aunque no eran grandes, eran suficientes para tenerlas llenas de agua; y ésta era la causa porque esta ciudad estaba cercada y rodeada de ella y así criaba mucho pescado que llaman blanco (que son unos peces de a palmo el que más) y otros algunos de otras especies aunque todos pequeños; y éstos se crían ahora, aunque no en tanto número; lo uno por ser menos las aguas

[2] Genes. 1.
[3] Lib. 5. cap. 1.
[4] Ioseph. lib. 2. de Bello Iudaic.

dulces donde se crían; y lo otro por la mucha saca que hay. Comenzó a menguar (según se dice) el agua de esta laguna el año de mil y quinientos y veinte y cuatro y han ido en grandísima disminución las aguas desde entonces; y es en tanta manera que cuasi lo más de la laguna dulce, por las partes del norte y poniente, está seca y enjuta y la salada muy resuelta y encogida, dejando grandes playas secas y enjutas.

Qué haya sido la razón de haberse ido disminuyendo estas aguas en su principio, no la sabré dar, porque no hallamos escrito que tuviesen algún fundamento; si ya no es que así como las aguas de el Diluvio (después de haber castigado Dios a los hombres con ellas) fueron luego disminuyendo, en señal de paz y de merced que Dios hacía al mundo, así, ni más ni menos, habiendo hecho un tan gran castigo en esta gente idólatra, satisfaciendo con él muchos pecados que contra su majestad se habían cometido, muriendo en la conquista la mayor parte de la gente, en señal de el aplaco de su ira, con la entrada de su fe y evangelio, quiso dar señal en la diminución de estas aguas.

Pero dejada esta razón (que más toca a las cosas espirituales que a la fuerza de la historia) digo, que la que yo alcanzo y hallo que puede haber sido, es haberla desangrado de estos arroyos y ríos (que como venas en un cuerpo que con su sangre lo sustentan y fomentan, así las sustentaban y fomentaban) habiéndolos todos sacado de sus madres para regar con ellos muchas tierras que de presente se siembran de trigo y para otras cosas de el servicio de haciendas; y ésta es la razón porque faltan sus aguas en tiempo de verano y seca; y por ésta misma razón menguan las de la laguna y se seca en grandísima distancia; y las acequias, que son de agua dulce, vienen a quedar, en lo interior de la ciudad, casi secas; y las de fuera, en muy gran parte menguadas. También le han quitado, desde sus principios, las aguas de Chapultepec y Santa Fe, las cuales entran encañadas; y estas aguas (que son muchas) henchían su parte, y así, aquel lado de Chapultepec está seco, siendo verdad que antes que se tomase esta agua, hacía laguna aquel lugar. También se prueba por qué por estotra parte de el norte (aunque caído al poniente) había otros ojos de agua que nacían junto a Azcaputzalco, los cuales hacían laguna todo aquel sitio y después que se ha encañado y entra por caño, en Santiago, se ha secado aquel pedazo de laguna, de manera que esto la seca y ha secado; y como algunos no advierten esta razón se admiran de esta mudanza y lo atribuyen a que los tiempos se han mudado en sus influencias; y aunque es verdad que es buena esta razón y muy verdadera, acerca de otras cosas, al menos no lo es para ésta que hemos referido; porque nace su sequedad de las sangrías que le hacen, quitándole el ordinario cebo de sus aguas, el cual tenía de los ríos que en ella entraban y con este desaguamiento la rinden y secan; porque vemos que, en lloviendo, comienzan a henchirse y quedan llenas las llanadas, que en lo antiguo lo estaban y que no ha sido el faltar de estas aguas tener sumidero en lo interior de la laguna (como algunos han querido decir y pensar), porque a ser así, en tiempo que no llueve, ni tiene fomentación y cebo de aguas de las que los ríos lo socorrían, se desaguara de

todo punto y quedara el sitio y lugar de la laguna seco, lo cual vemos al contrario y que no se seca; luego la que la tierra chupa y embebe en sí, esa sola es la que falta y viene a diminuir por tiempo de el año tanto, que si luego no fuera socorrida con aguas llovedizas de todo punto faltara.

Y siendo esto así, se ofrece ocasión de dudar, ¿cómo, quedando llenas estas lagunas, con las aguas llovedizas, no se sustentan, por todo el año, en aquel colmo y llenura, y más no faltándole el agua de los ríos que en tiempo de seca desangran, por razón de los riegos? A lo cual digo: que no se hinchen como antiguamente; quiero decir, que no llegan las aguas llovedizas y las de sus arroyos y ríos al parejo que en su antigüedad estaban, sino que sólo sirven de henchir los lugares de el suelo, para que no se parezca parte ninguna de la tierra, que de atrás estaba cubierta de ella; pero que esto es de manera que no sube, con mucho, al parejo que antes estaba; y la razón que hallo para no admirarme de que en tan breves días, después de pasadas las aguas (que comúnmente es por octubre), se vuelva a secar y quedar como al principio de las aguas, es decir, que como está enjuta y seca la tierra y no pasada, ni calada, como cuando está con aguas continuas, por esta causa se seca presto; porque las aguas que están en la superficie de la tierra van pasando y calando los poros de ella e incorporándose con lo interior de su cuerpo y todo lo que va sumiendo hacia abajo es lo que va faltando de encima, y los aires que por su parte van secando mucho.

Esto, como queda referido, escribí el año de mil y seiscientos y cuatro, y luego el siguiente, de cinco, vino tanta agua sobre esta ciudad que cuasi todo el suelo de ella se anegó, si no fue en algunas pocas calles que estaban más altas de otras. Fue la inundación y acometimiento de el agua muy grande (como en otra parte decimos) y hubo calles que se pasaron en canoas, por haber subido mucho el agua en ellas, que turbó la ciudad y la puso en aprieto y se hinchó la laguna salobre y todos los campos de agua; y aunque el año siguiente, por no ser muchas se fue secando, volvió luego, dos años después a crecer el agua; y aunque no con aquella pujanza y fuerza, al menos de manera que tiene llena la laguna y casi todos los campos que antes se anegaron; y no bajan las aguas, y aunque se secan y enjugan al tiempo de la seca, no al menos de manera que mengüe y falte de todo punto; y ha sido caso que ha puesto a muchos en cuidado y aun ha habido quien ha querido atribuirlo a castigo particular con que Dios está amenazando esta ciudad; y aunque es bien que entendamos que pecados son causa de inundaciones que Dios envía sobre ciudades (como sucedió en la general de el mundo, donde todos perecieron), con todo, debemos investigar causas naturales a que podamos atribuirlo; y así digo, que la que se ofrece (y parece ser la verdadera y cierta) es haberse llenado de cieno y lama todo el vaso de la laguna y todos los otros lugares que antes estaban más hondos. Y para que mejor se entienda, es de advertir que como ha ido creciendo el número de españoles y todos dan en tener labranzas y sembrar, se han ido cultivando todas las tierras a la redonda de esta laguna y otras muchas más en las gargantas de las sierras que la contornan, bojean

hasta las montañas y arboledas (que por ser monte no se cultiva, ni labra) y como no hace tez ni rostro la tierra y está mullida y blanda, en lloviendo se llevan las aguas la flor y nata de ella y como no tiene otro paradero ni desagüe más que esta laguna y llanadas y siendo muchas las avenidas, cuando llueve entra en este receptáculo el agua; y como la tierra busca su centro (aunque es flor y nata, la que ha traído el agua, incorporada en sí, aunque es poca y no mucha) siéntase en el suelo, sobre la otra tierra; y como es una vez y otra y tantas, va levantando aquella superficie de tierra al paso que va recibiendo, y con todo lo que recibe de lama, que va hinchendo el hueco de el vaso y receptáculo que la laguna tenía, va quedando menor y menos capaz para recibir en sí las aguas; y como estas aguas siempre sean unas cada año en cuantidad (aunque algo más, o algo menos unos años con otros) y el vaso no sea el mismo que antes para recibirlas (porque por haber recibido tierra no tiene capacidad para recibir agua) por esto se derraman y van extendiéndose por el suelo llano; porque en el hondo, que antes tenían, ya no caben. Y esta verdad se prueba en el valle de Atrisco, cuyas tierras, por la parte alta de el convento de San Francisco, se sembraban a los principios que se comenzaron allí las labranzas, y en aquellos primeros tiempos no pudieron sembrarse las que están hacia el oriente, debajo de el mismo convento, porque eran pantanos y cenagales; y como aquel valle todo es de riego (como decimos en otra parte) fuéronse robando de un año a otro las tierras altas y venídose la flor de la tierra a la parte baja, que era ciénaga, donde se empapaba y consumía el agua con que arriba se regaban los trigos; y después quedó la ciénaga y pantano tan buena tierra y tan enjuta, que ahora son las mejores labores de el valle, y las primeras están esquilmadas y flacas porque la tierra que tenían se la ha llevado el agua de los riegos a esotras que no la tenían para ser sembradas; de manera que se ha ido hinchendo aquella hoja y ya no tiene la humedad que tenía, porque la tierra que ha recibido ha sido mucha.

Esta misma verdad se verifica en todas estas llanadas de esta laguna y en el mismo vaso y receptáculo de ella, que se ha ido llenando con la flor de la tierra que baja de las labores; y así se ven muchas de las labranzas ya faltas de tierra y descubierto el tepetate y tosca que estaba debajo y sin tierra, y es fuerza confesar que la tierra que allí falta, pues no se ha consumido, que ha ido a otra parte; y no habiendo dónde vaya, sino a estas llanadas, hemos de conceder que se ha quedado en ellas y que han de haber henchido otro tanto lugar acá, como por ella han desocupado; y ésta es la causa, a lo que pienso, y no otra. Algunos han querido decir que sería cosa muy saludable que esta laguna se secase de todo punto, porque por razón de ella es húmedo el suelo de la ciudad y cielo que lo contorna y bojea, y por consiguiente enferma, y por ventura debe de haber sido ésta la causa de haber cegado la mayor parte de las acequias y casi todas; y en realidad de verdad imagino que se engañan todos los que lo dicen, porque a mi juicio (salvo el de los señores médicos, cuya facultad no he estudiado, si no es la filosofía, sobre la cual, como en cimiento, han

edificado la casa de su medicina) sería más enferma, pues quedarían salitrales, cuyos polvos cegarían la ciudad con los aires que de continuo soplan; y vemos que cuando va faltando el agua sale un olor de marisco que inficiona a los hombres; y como sea cierto que de todo punto no puede faltar el agua, por ser el lugar hondo y donde ha de recibir las de el cielo cuando a su tiempo llueve, está en disposición de matar su mal olor, causando pestilencias, queriéndola sangrar y desaguar de todo punto, pues no hinchendo aquella hondura de tierra y emparejándola con la demás (lo cual es imposible) se ha de henchir de agua, que es lo más fácil y cierto; y ésa, por ser poca y las razones dichas, ha de ir en disminución, y por esta razón creciendo el mal olor que de sí hecha y matando con él; y así me parece que si el interés de las labranzas no llamara por su parte, era muy mejor para la ciudad que siempre estuviera llena, pues sabemos que a sus moradores indios nunca hizo mal, aunque más llena y colmada estaba.

CAPÍTULO XXIX. *De otras muchas y grandes poblazones que había en este mundo nuevamente descubierto*

A QUE LA MAJESTAD Y GRANDEZA de Mexico y su comarca me han forzado a detener algo más de lo que la brevedad pide en historias, quiero correr la mano en lo que resta, para que la brevedad de lo uno supla la prolijidad de lo otro. Y tornando a los edificios y poblazones de esta Nueva España y otras algunas provincias de distintas gobernaciones, decimos que hubo muchas, grandes y populosas (en especial en esta Nueva España) dentro de trescientas leguas, contando de Mexico hacia el oriente y mediodía, y de estotra parte de el poniente a Mechuacan o gente tarasca, cuya cabeza fue Pazcuaro, cuarenta leguas de la dicha ciudad de Mexico, la cual está situada en una ladera sobre una muy hermosa laguna, tan grande y mayor que esta mexicana; y excede esta laguna de Mechuacan a la de Mexico en ser de agua dulce y tener mucho pescado y bueno; y uno, que es a manera de sardinas que en su lengua llaman charari y es en algunas partes muy hondable, la cual se navega en canoas y algunas muy grandes por el peligro de las olas cuando sopla el viento.

La provincia de Panuco, a la Mar del Norte; la provincia de Zacatula, a la de el Sur; la ciudad de Huaxacac, al oriente, ochenta leguas, con otras muchas poblazones de la provincia que se llama de los mixtecas y zapotecas; y la de Nexapa, la de Tequantepec, la de Xoconochco, donde se coge gran cosecha de cacao, que es la almendra que en otro lugar dijimos; el reino de Quauhtemala por la parte que va por las sierras; y había entre ellas ciudades cercadas de cava muy honda, como era la que se llama Quauhtemala (o ciudad vieja), y otra que era como cabeza del reino, llamada Ultatlan, fundadas de maravillosos edificios de cal y canto. Por la parte de los llanos, a la costa de el Mar de el Sur, es toda tierra felicísima,